

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de
La Novela Semanal Cinematográfica



EL VIENTO

por
Lillian Gish
y
Lars Hanson
—
50 cts.



EL VIENTO

GENERAL INVESTIGATIVE
DIVISION
FICA
188817

11

Director: FRANCESCO MARIN BISTACCHI

[illegible]

(THE WIND 1945)

LILLIAN GISH y LARS HANSON

VICTOR SEASTROM

(SLO STRICH)



Metro - Goldwyn - Mayer

Mallorca, 220

BARCELONA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

EL VIENTO

Argumento de la película

Era aquel el país del viento. Constantemente el huracán barría aquellos parajes levantando enorme polvareda. Desde el tren que cruzaba el inmenso desierto americano, podía observarse a través de las ventanillas las fantásticas nubes de polvo y el sordo mugir de un vendaval cada vez más violento.

Letty Manon, una chiquilla de aspecto tímido y dulce, contemplaba asustada la desencadenada tempestad de arena. Su débil cuerpo revestido por las gracias de la

juventud, se agitaba en nerviosos temblores. Ella estaba avezada a un país de sol y cielo azul donde el aire era siempre caricia...

Un hombre de mediana edad, tipo de ganadero fuerte y orgulloso, acercóse a ella y le ofreció unas frutas. El estaba comiendo también y tendría mucho gusto en que la joven probase aquellas naranjas de rico zumo y los plátanos de perfumado aroma.

Letty aceptó, más por no desairar al desconocido que por gana de comerlos.

Sin embargo, hubo de confesar que en su garganta seca, donde se adherían las partículas del polvo, había puesto una delicada frescura aquel dulce jugo.

—Me llamo Rody y me dedico a vender ganado en este país—dijo el hombre presentándose.

—Yo me llamo Letty Manon... y vengo de Virginia.

—¡Buen país! ¡Qué diferente de éste!

—¡Mucho!

—Esto es un infierno.

La jovencita sonrió y dijo, mirando la siniestra nube blanca del horizonte:

—¡Qué terrible huracán! ¡En este momento sólo ansío el instante en que detenga su furia!

—Si se queda usted por aquí, va a desear esto muchas veces, señorita...

—Tengo que quedarme en estas tierras. Viviré con mis primos que son propietarios del rancho de Sweet Water.

—¡La compadezco! Esta es la tierra de los vientos... ¡Aquí jamás para el huracán!

—¿Es posible?

—El viento es el enemigo de la vida en estos parajes... Su incesante furia acaba por volver locos a los moradores del país... Esta enfermedad ataca particularmente a las mujeres.

—No me da usted miedo, señor Rody... Estoy preparada para todo.

—Acaso no hable usted así dentro de algún tiempo...

Y siguieron conversando sobre la influencia que aquellas fuerzas misteriosas de la Naturaleza tenían sobre el alma humana.

* * *

Llegaron a la estación de término.

Letty despidióse de su compañero de viaje que la miraba con una sonrisa de hombre que se burla de las valentías de una chiquilla...

La joven procuró orientarse a través de la neblina que ponía sombras de noche en plena tarde.

Vió unas luces que se dirigían hacia ella.

Un hombre con una linterna en la mano, le dijo:

—Es usted la señorita Letty Manon, ¿verdad?

—Sí... pero, ¿dónde está mi primo?

—Vengo a recibirla en su nombre. Me llamo Lige. Yo soy el vecino más cercano del rancho de Sewet Water, y su primo me encargó que viniera a buscarla.

—¡Ah, muy bien!

Y sonrió a aquel hombre joven, de rostro mal afeitado y de expresión dura y triste como la naturaleza.

Junto a ellos estaba otro individuo, ya de

más edad, que saludó con grandes gestos a la muchacha.

—Este es mi compañero Sourd—dijo Lige—. El y yo vivimos a unas quince millas de su primo.

Rody, que había montado a caballo, acercóse a la muchacha y le dijo con una sonrisa forzada:

—Cuando regrese, ya pasaré a saludarla, señorita.

Y emprendió galope por la carretera perdiéndose pronto en la lejanía...

Lige y Sourd le habían contemplado con una expresión de hostilidad. ¡Era aquel Rody un mal hombre! Se rumoreaba que traficaba en ganado robado y que no reparaba en medios para realizar su conveniencia, lo único que le interesaba en la vida.

Los dos hombres ayudaron a subir a un cochecito a Letty. Al lado de ella, debía colocarse el que guiase el caballo, y detrás, en otro asiento, el restante compañero.

Pero los dos, deseosos de permanecer lo más cerca posible de la muchacha, comenzaron a discutir sobre quién tenía mejores méritos para permanecer en el pescante.

—¡Vamos a disputarnos el sitio!—exclamó Lige—. De esta manera se acabarán las discusiones.

—Pero, ¿de qué modo?

—El que con su pistola apague la luz trasera de aquel carro, vencerá.

—¡Sea!

Allí disparar un tiro más o menos no tenía importancia. Se estaba acostumbrado a ello.

El primero en tirar fué Sourd, quien erró lastimosamente el blanco. Luego lo hizo Lige y la lámpara se quebró en cien pedacitos.

—Ya ves ¡Gané en buena lid!

—¡Qué mala suerte tengo!

Y ya Lige en el pescante, su compañero se acomodó en el asiento de detrás.

Anduvieron largas horas por un desierto que parecía tan interminable como el tiempo.

No cesaba el viento, pero de pronto aumentó más y más, rugió con mayor fuerza, pareció estremecerse con nuevos y formidables alientos.

—¿Es este uno de los fuertes vientos norteros?—preguntó Letty.

—Si fuese un viento nortero, estaríamos ya volando—respondió Lige, bruscamente.

Ella tembló... Entonces, ¿qué importancia tan enorme tendría allí un ciclón, un tornado?

¡Quisiera Dios que no lo viese nunca!

Lige, de modo enérgico, fué contándole cosas dolorosas de aquel país donde en vez de hacer sol, hacía viento. Y ella le escuchaba dolorida, arrepentida casi de haber llegado allí...

Letty era huérfana y se encontraba viviendo una vida bastante pobre en su ciudad de Virginia, donde su jornal de bordadora era escaso y mal retribuido. Y su primo Sweet Water, y su familia, únicos parientes que tenía en el mundo, le habían instado a que fuera a vivir con ellos.

Letty había accedido ansiosa de un poco de calor familiar. Pero, ¿podría ser feliz en esta tierra hosca donde no se conocía la primavera ni el encanto agradable de las flores?

Lige seguía vertiendo a su oído amargas

consideraciones mientras Sourd, disgustado, intentaba encender un cigarro para distraerse... Pero cualquiera encendía nada con el vientecito... Si quiso probar tabaco, no tuvo otro remedio que mascararlo...

Varias horas de fatigosa jornada y llegaron finalmente a la solitaria casa de Sweet Water, mansión en pleno desierto.

Sweet llevaba ya algunos años casado y había tenido de este matrimonio cuatro hijos.

Ahora el pobre hombre se sentía bastante enfermo. Una continua tos agitaba su cuerpo. En aquel maldito país era imposible conservar la salud.

Desde los cristales del comedor vió llegar el cochecito con la forastera y exclamó con verdadero júbilo:

—¡Cora!... ¡Letty ha llegado!

Se encaminó hacia la puerta a tiempo que Cora, su mujer, decía con un mohín de profundos celos:

—Está bien... Ya tendré tiempo de verla. Pero Sweet había corrido al encuentro

de su prima y ambos se abrazaron con fraternal bondad.

Entraron los dos primos en la casa, seguidos de Lige y Sourd.

La ingenua forastera besó y abrazó cariñosamente a Cora y ésta contestó con gran frialdad a aquellas demostraciones de afecto.

Sin saber por qué, sentía fuertes celos contra aquella muchacha que iba a vivir allí. Le parecía que le iba a arrebatarse algo suyo, una parte de la propiedad de aquel hogar.

—Letty—dijo Sweet—, te hubiera mandado a buscar antes, pero hemos tenido un año muy duro... y mi tos no mejora.

—Eres muy bueno, Sweet... y siempre te agradeceré que te hayas acordado de una pobre huérfana.

—Sin embargo, esto no es Virginia, querida prima... Yo no sé si te podrás acostumbrar a este ambiente... ¡Ah, Letty!... Yo creo que he hecho mal en hacerte venir... Pero te quiero tanto, tanto... ¿No sabes, Cora?... Estuvimos juntos casi desde niños... éramos como hermanos.

Y volvía a abrazar a la linda prima mientras Cora, fría y pálida, realizaba varias faenas de su hogar.

Vinieron los niños y Letty comenzó a



... comenzó a jugar con verdadera ternura.

jugar con ellos con verdadera ternura maternal.

Cora conoció un nuevo motivo para odiarla. También aquella mujer quería arrebatárle algo del amor de sus hijos.

La contemplaba hostilmente mientras,

armada con un cuchillo, abría una res recientemente desollada.

¡Ah! ¿no habría entrado la intranquilidad con la forastera? ¿No hubiese sido mejor que no la llamaran nunca?

Letty se dirigió a su habitación para cambiarse y poco después ya parecía haberse hallado toda la vida en aquella casa.

Realizó faenas del hogar, ayudó a Cora, a pesar de sus protestas, en el arreglo de la comida nocturna.

Sweet sentó a su mesa a Lige y Sourd. Estos dos hombres se sentían enamorados súbitamente de la joven. Acostumbrados a no ver ninguna mujer por merecer, deseaban ahora tener para novia a esa linda flor de otros campos.

Lige sentóse a su lado y durante la comida la estuvo dirigiendo palabras tiernas y cariñosas... Letty las escuchaba con suave indiferencia y sin darles importancia.

No acertaba a pensar que ninguno de aquellos hombres sintiera propósitos amorosos... Y sonreía a todos con la pureza de una virgen, y parecía envuelta en un nimbo de luz...

Lige y Sourd se contemplaban ferozmente... Cada uno miraba al otro con desprecio... No debía hacerse ilusiones, camarada, pensaba Lige. Letty sería su novia. Pero tam-



Letty sería su novia.

poco el otro daba su brazo a torcer ni perdía la esperanza de conquistar el femenino corazón.

Terminada la cena, acordóse ir a una fiesta que se celebraba a pocas millas de allí, en la casa de un rico hacendado, muy amigo de divertirse....

Se encaminaron en cochecitos hacia aquella mansión... Cora seguía observando con ojo avizor a Letty y sentía violentos arañazos en el corazón cada vez que su marido dirigía la palabra a su prima.

¡Ah! Hablaban del pasado, de su infancia, de muchos años, de su juventud, que ella, la esposa legítima, ignoraba cómo eran... Y Cora sentíase en inferioridad con respecto a su parienta...

Estaba cegada por los celos. Y sin embargo, sólo un sentimiento legítimo de cariño familiar unía a los dos primos... Sweet no había olvidado que era padre de cuatro criaturas y que éstas habían nacido de Cora...

Lige y Sourd disputaban.

—Esta noche voy a pedirle relaciones —decía Lige.

—¡Yo también!

—¡Pues vamos a tener que declararnos juntos!

—Estoy seguro de que ella me escogerá a mí.

—¡Iluso!

—¡Ya veremos!... No hemos de tardar mucho en saberlo.

La fiesta estaba animadísima; era sábado y se habían reunido allí todas las gentes de la comarca, ansiosas de un poco de diversión, de un poco de alegría en el monótono llano de su existencia.

Hubo baile, el suave y casto baile campesino, donde no hay otro sentimiento que el infantil de mover los pies y reír un poco, donde se baila por bailar... Esto casi no lo comprenden nunca en la ciudad.

Rodry, el ganadero, el compañero de viaje de Letty, se encontraba también allí...

Al ver a la muchacha se acercó a ella y ya no la abandonó en toda la noche... Ni Lige ni Sourd, ni el primo de Letty pudieron hablar con ella, acaparada como estaba por el ganadero.

Aquel hombre fuerte, inquieto, ejercía una extraña influencia en el alma de la muchacha. Ella se sentía dominada por aquellos ojos de brillo singular, por aquella energía que expelía todo su ser.

—¿No sabe, Letty, por qué he parado en

este sitio dejado de la mano de Dios?—dijo él.

—No...

—¡Por usted!... Porque supuse que usted iría a él... y deseaba verla de nuevo.

—¡Muchas gracias!...

—Mire qué regalo le he comprado... Un espejito.

Puso en sus manos un lindo marco y ella contempló sonriendo ante su cara suave y sus ojos tristes y limpidos.

—No es usted como las demás—volvió a insinuarle el ganadero—. Usted se agostará en esta tierra.

—Me encuentro bien en ella...

—No vió usted nada todavía. Cuando sepa lo que es buco...

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando se escuchó un fenomenal alarido.

—¡Viene un ciclón! ¡Viene un ciclón!...

Suspendióse el baile, cerráronse inmediatamente todas las puertas y ventanas... y escuchóse el sordo jadear de un monstruo fantástico que fuera avanzando hacia la casa.

—Lo que yo le decía — explicó Rody— Convénzase, Letty... Esta tierra no ha sido hecha para usted.

El ciclón avanzaba, como si un animal



—Usted se agostará en esta tierra.

fabuloso, el propio Pegaso de la vieja mitología, cruzase los espacios, estremeciendo los ciclos.

De repente estalló el vendaval, arrancando de cuajo árboles y tejados, pareciendo querer socavar los cimientos de la casa,

haciendo mover la tierra como en espantoso terremoto.

Las mujeres rezaban... Los hombres miraban a través de los cristales la nube sombría y la tromba abrumadora.

Aquella hacienda sufrió varios desperfectos, rompiéronse cristales, cayeron vigas y tejas... y si el ciclón dura por nuevo espacio de tiempo, la casa entera vuela también, partida en pedazos...

Por fortuna, todo fué de corta duración. Cesó el ulular del viento, la tempestad se alejó hasta otra vez... El monstruo estaba cansado.

—¡Ya pasó!... ¡Ya estamos en salvo!— dijo una voz.

Y con la indiferencia de la costumbre, volvieron casi todos a reanudar el baile, no acordándose de que habían estado a punto de morir. Velan la muerte tan cercana que no les causaba espanto. Se habían acostumbrado a la idea de perecer en uno de aquellos ciclones de horror y sólo deseaban que fuera en época lo más lejana posible.

El alma de Letty había experimentado

todos los dolores del peligro que se corre por primera vez.

Junto a la muchacha se encontraba el ganadero, quien le decía con voz insinuante:

—¡Hágase cargo, Letty!... No puede usted permanecer más tiempo en esta región...

—¿Qué quiere usted que haga?...

Entonces él murmuró, devorándola con los ojos apasionados:

—¡Ven conmigo!... ¡Te quiero!...

Aquellas palabras fueron tan inesperadas que Letty no supo qué responder.

—¡No... no puede ser! — acabó diciendo al cabo de un rato.

—¡Piénsalo bien, Letty!... Estaré en esta región hasta mañana por la noche... Podríamos huir juntos... casarnos... ser felices en otro lugar...

—No es posible... Yo debo quedarme aquí con mis primos.

—Letty... Ya sabes que el mundo no es todo como esto. Esto es lo peor de la tierra... Ya te lo dije una vez.

El diálogo fué interrumpido por la presencia de sus primos y de Lige y Sourd.

Estos dos hombres, sonriendo, le declararon su cariño.

—Señorita Letty, yo estoy enamorado de usted...—dijo Lige.

—Yo también...

—Decídase por cuál de los dos.

Rody se había alejado... Le molestaba la presencia de aquella gente a la que llamaba estúpida.

—¿Cómo puedo decidir?—explicó Letty— Tan buen partido es uno como otro...

Ella seguía la broma aunque con el alma un poco alejada de la farsa.

—¡Creo que tendremos que hacerlo a cara o cruz!—dijo Lige.

—¡Sea!—respondió Sourd.

Los dos hombres hicieron saltar una moneda... y la suerte favoreció a Lige.

—¡Has ganado! — dijo Sourd—. Debes enamorarla.

Lige entonces la invitó a bailar y los dos dieron unas cuantas vueltas.

Aunque el joven intentó hablarle de su pasión, ella se echó a reír sin hacerle el menor caso...

Bueno... ya hablarían más adelante... Hoy

no se conocían apenas... Había que esperar... Y en su alma flotaba el recuerdo de Rody, pero tampoco ese hombre acababa de llenar su ilusión sentimental...

Y Lige menos aun... Era hombre rudo, siempre mal afeitado, poco cuidadoso de su persona.

¡Ella soñaba en cosas tan distintas!

Terminado el baile, Letty estuvo conversando un rato con su primo.

Cora les observaba con una exaltación cada vez mayor, con un odio mortal, temible...

El celoso es un enfermo. Y ella lo estaba...

Cuando Sweet se separó de Letty, después de haber recordado juntos varias cosas agradables de la infancia, Cora reunióse con su prima.

Sonriente, Letty le explicó cómo Lige y Sourd se habían disputado el favor de enamorarla.

—Y al parecer lo decían en serio—dijo

riendo—. Pero, ¿quién piensa ahora en amores?

—Pues vas a casarte con Lige o con Sourd. Debes escoger — le respondió con violenta expresión.

—Ni pensarlo, Cora... He venido a vuestro lado a descansar, no a importunar mi corazón con amores o amoríos... Nada de eso... Me encuentro muy bien soltera.

—¿Crees que no sé lo que tú buscas?—le dijo brutalmente.

—Pero, Cora...

—Tú quieres a mi marido... pero ándate con cuidado, porque no he de dejármelo robar.

—Parece imposible que pienses eso—contestó la ingenua criatura, sorprendida por la brutal revelación.

—Saldrás rápidamente de mi casa para siempre... Dios me impide matarte, pero sí no...

Y levantó el puño con tal expresión de odio que la muchachita retrocedió espantada.

—No te preocupes más, Cora... ¡ya sé dónde debo ir!—exclamó.

—Pues aléjate de mi lado.

Apareció Sweet y el diálogo quedó interrumpido. El pobre muchacho se encorvaba bajo un ataque de tos.

—Estoy muy enfermo... mucho, querida Letty.

Y se abrazó a ella, como si esta primita que había conocido toda la infancia de él, representara para su vida algo más importante que su propia esposa.

Pero luego Sweet dejó de acariciar a la muchacha y abrazó a su Cora, llenándola de besos.

—A vuestro lado me encuentro un poco mejor... Sois mi vida entera... Tú, Cora, mi existencia presente, el mañana... tú, Letty, el recuerdo de todo lo que ya pasó y tanto amé...

Alejóse Letty sintiendo que iba a estallar su corazón en sollozos y lamentando haber llegado a aquellas tierras.

¿Por qué vino? ¿Por qué?

Desde su llegada todo parecía trastornado... Una mujer celosa que la acusaba injustamente, un hombre que parecía enamorado de ella y la dominaba con la persuasión de

su palabra y el brillo fuerte de sus ojos, otros dos hombres que querían enamorarla y se la jugaban a cara o cruz.

¡Oh, campos de Virginia, tierras de primavera, tan amada!

Estaba decidida a marchar, a aceptar la invitación de Rody y huir de aquellas tierras amargas... Todo antes que permanecer en aquel país donde naturaleza y hombres se unían para aniquilar el alma de una muchachita virginal.

Habló con Rody en una de las estancias de la hacienda. El hombre parecía como contrariado al saber que Letty estaba dispuesta a huir con él a Virginia.

Movió la cabeza y dijo al cabo de unos momentos de silencio:

—He de hablarte con franqueza, Letty...

—Por Dios, ¿qué ocurre?

—Es necesario que te haga una confesión... Soy casado con una mujer a quien no puedo amar.

—¿Casado?

Se agolparon las lágrimas a sus ojos... ¡Y ella había podido creer en aquel hombre!

—Sí, casado, pero, ¿qué importa eso para el amor?—insistió él.

Quiso acariciarla, pero ella le rechazó confusa, disgustada...

—Letty, mi vida entera estará dedicada a ti, y lejos de este maldito país, hallarás la felicidad que mereces.

—¡No!... Jamás me uniré con un hombre casado... Y le ruego que no vuelva usted a importunarme nuevamente.

Y abandonó la habitación volviendo a reunirse con sus primos y amigos.

Poco después ella regresaba a la hacienda en compañía de Cora y de Sweet.

Iba silenciosa, sin responder apenas a las palabras de Sweet. Junto a ella estaba Cora contemplándole con ojos duros, implacables... Parecía su mirada una constante acusación.

¿Qué iba a hacer?

¿Hacia qué parte emprendería la nueva ruta de su vida? Quedarse en casa de sus primos, lo conceptuaba peligroso. Además, ¿no había sido la propia Cora la que le había expulsado de allí?

Cuando llegaron a la casa, Letty entró en

su habitación. Poco después Cora iba a su encuentro y le decía:

—¡Esta es la última noche que pasas en mi hacienda!

Letty la miró retorciéndose las manos con gesto trágico.

—¿Qué quieres que haga? No tengo dinero, ni sé dónde ir.

—Hay dos hombres que quieren casarse contigo... Decídette por uno de ellos.

—¡Si no les conozco apenas!

—No importa.

—¡Si no les amo!

—Da lo mismo... Tienes que casarte o volverte a tu país.

Pasó la muchacha en vela aquellas horas de la noche sin saber qué partido tomar, diciéndose hacia dónde orientaría en lo sucesivo su existencia.

¿Volver a Virginia?

Bien, sí, eso sería lo más acertado, lo más conveniente para ella.

Pero, ¿cómo hacerlo si carecía de dinero?

El viaje era largo y sus pocas monedas

no bastaban ni para una cuarta parte del camino.

Era preciso buscar otra solución.

Recordó a Rody. Y su cabeza se movió con energía. No; ella no vendía su dignidad. Tal vez si Rody hubiera estado libre se habría casado con él, deseosa de tener una compañía. Pero ahora, no.

Entonces pensó en uno de aquellos dos hombres que en el baile la habían cortejado... En uno de ellos, en el más joven: Lige...

Y se durmió con este pensamiento.

* * *

Y al día siguiente su determinación estaba tomada. Se casaría con Lige.

Para este muchacho, que bajo el envoltorio de su cuerpo rudo tenía una alma llena de exquisitos sentimientos, el anuncio de que aquella joven le hacía caso, de que iba a casarse con él, fué como un radiante deslumbramiento.

¿Era posible aquella felicidad? Ciertamente que estaba locamente enamorado de Letty desde la primera vez que la viera, cier-

to que se proponía conquistar su corazón, pero creía que esto era aún cuestión de tiempo...

Y ahora ella misma, a las primeras de cambio, apenas él hubo declarado su tímido pensamiento de amor, anunciaba su firme propósito de casarse.

La boda fué unos días después.

Sorprendióle a Sweet esa decisión de su prima, pero no quiso averiguar si había algún móvil oculto en ello, creyendo más bien en una súbita pasión que enardecía las almas de los dos jóvenes...

Y dió de buen grado su consentimiento, lamentando solamente que su prima abandonara aquella casa.

Para Cora fué un verdadero alivio el casamiento. De esta manera apartaba a Letty de allí, del lado de Sweet, que ella, la esposa celosa y exclusivista, quería cuidar únicamente.

Rody no había vuelto a ver a Letty desde aquella noche en que le confesó que era casado.

Letty no se había vuelto a acordar más

de él... En realidad fué levísimo el influjo de aquel hombre...

Ahora se disponía a ser una buena esposa, una fiel compañera de la existencia de su marido.

Después de casarse, sus primos y Sourd les acompañaron hasta la casa de Lige, donde en lo sucesivo iban a vivir los dos esposos.

Pasaron un rato juntos, pero comprendiendo que no eran a propósito las visitas para los recién casados, optaron por marcharse.

Sourd dijo con un gesto triste de derrotado:

—Es lástima, Letty... Si se hubiera usted decidido por mí, tendría mejor cocinero.

Luego estrechó la mano de su amigo al que, a pesar de sus triunfos, que significaban derrotas para el propio Sourd, apreciaba con toda su alma.

—¡Siempre has tenido mejor suerte que yo, amigo mío!

—No te desanimes, camarada... Encontrarás otra mujer que te hará tan feliz como yo voy a serlo.

—¡Lo veo difícil!... Soy ya viejo... Y para encontrar a otra vieja... prefiero estar solo.

—¡Ambicioso! ¿Por qué no hacías las cosas a tiempo, cuando eras joven?

—¡Es verdad!—dijo suspirando—. Si pudieran hacerse las cosas dos veces. No hubiera acabado la juventud sin casarme...

Y se marchó con la tristeza del solterón que no ve ante sí más que el doloroso espectáculo de la soledad moral y material...

También Sweet y su mujer salieron... El dijo a Cora al subir al coche:

—¿Y crees tú que Letty está enamorada de veras?

—Ha accedido libremente a la boda, por su propia voluntad...

Y, nerviosa, clavó un latigazo a los caballos que partieron a todo galope...

Letty tenía miedo, el miedo instintivo de toda novia, agravado en su caso porque no amaba a su marido.

Si casi no le conocía... si apenas sabía quién era...

Había tenido que aceptarle para no quedarse en el arroyo.

Lo ideal habría sido volver a Virginia, a la tierra amada... Pero, ¿con qué? Nunca lo haría en compañía de un hombre como Rody y en calidad de amiga suya.

Era preciso, pues, resignarse, a la idea de amoldarse para siempre al nuevo estado de su vida.

A ser una esposa abnegada, cariñosa...

¿No le fallaría su alma sin amor?

Contemplando a Letty estaba su esposo, mirándola tiernamente, procurando hacer sonreír su cara dura y enérgica.

Afuera volvía el viento a cantar una de sus sinfonías más trágicas; ululaba otra vez como si ahora protestase contra una unión desigual.

—¡Desde hace dos horas eres mi mujer y aun no te he besado!—exclamó Lige a tiempo que la apretaba contra sí y depositaba en sus labios un beso de intenso ardor.

La joven, horrorizada, desprendióse bruscamente de su marido. ¡Dios! Dar sus la-

bios a un hombre al que no amaba, que le era indiferente...



—¡Desde hace dos horas eres mi mujer y aun no te he besado!

—Vco... que no te gusta que te besen, ¿verdad?—dijo él, riendo.

Letty calló. Sus ojos no se apartaban de

aquel cuarto nupcial donde ella estaba obligada al sacrificio.

—Vamos a tomar un café, ¿te parece? Eso nos sentará a los dos perfectamente—dijo Lige.

—Sí... sí...

El pobre muchacho, que había vivido siempre solo, preparó unas tazas de café y entregó una de ellas a su esposa.

—Es lo más rico que existe.

Tomó temblando aquella taza de metal y la aplicó a sus labios. Apartóla bruscamente; tenía un gusto endemoniado, un sabor infame... Además, en el café y adheridos a la taza había varios granos de arena.

¡El maldito viento que sembraba de tierra y arena todas las cosas, hasta el interior de las habitaciones!

—¿Te gusta este café?

—Mucho...

Y se esforzaba por sonreír mientras una gran mucca de desagrado llenaba su rostro.

Mientras él bebía, la joven no pudiendo tomar aquel brebaje lo vació disimuladamente en una jarra de agua.

—¡Voy a traerte más!—dijo él, sonriente.

—No... gracias...

—Sí, mujer, eso reconforta...

Dirigióse a prepararlo. Se había agotado ya el café. Era preciso hacer más. Cogió el jarro de agua... y un triste descubrimiento le advirtió de la dolorosa realidad.

En el jarro estaba el café vaciado por su esposa.

¡Y había simulado beberse!

Ella le contemplaba con espanto, dándose cuenta de todo.

—¿Por qué me has engañado?—dijo él.

—Sólo tiré un poco.

—No mientas. Lo echaste todo, aquí hay una taza llena... ¿Es que no te gusta lo que yo hago?

—Sí... pero...

—Pero, ¿qué? ¡Dios mío! ¿Qué adivino en tus ojos, Letty? ¡Leo en ellos que no me quieres!

La joven guardó silencio. Lige corrió a estrecharla entre sus brazos con bravo impulso varonil, con fuerte energía moza.

Dió Letty un grito de espanto.

—¡Vete... no me toques!.

Y había tanto desdén, tanto horror en aquellas palabras que el marido sintióse desarmado y abatió los brazos en ademán desolador.

—¿Por qué no quieres que te bese?

—No... no...

Temblaba la virgen ingenua ante el amor.

—¡Soy tu marido!... ¡Te amo, eres mía!...

—Lige... Tú sin duda quieres que te odie, y yo no quería odiarte—dijo ella en voz baja.

Profundo abatimiento se apoderó de Lige... Guardó silencio unos momentos, al cabo de los cuales dijo:

—Yo creí que te habías casado conmigo para ser mi compañera... para ayudarme en mis trabajos... para quererme como una esposa...

—Lige, yo...

—No tengas miedo... No he de molestarte más... en todo lo que me queda de vida.

Y abandonó aquella estancia en la que había entrado con tanta ilusión y salía con tan honda, con tan melancólica tristeza.

Pasó una noche terrible paseando de un

lado a otro del comedor, preguntándose qué iba a ser de él.

Y en su cuarto, Letty horrorizada oía sus pasos, y su alma nadaba en un mar de dolorosas confusiones.

¿No había tratado con demasiada crueldad a aquel pobre muchacho? Casi comenzaba a arrepentirse de ello...

No logró conciliar el sueño... Y escuchó durante toda la noche el ulular del viento, implacable, monótono, cruel...

Viento... arena... arena... viento... ayer... mañana... siempre...

Al día siguiente de la boda, Lige se dispuso a partir de su casa para reunirse con varios amigos ganaderos.

Estaba cansado; y sus ojos oscurecidos por las violetas de las ojeras le daban un aspecto melancólico.

Desayunóse y ella hizo lo propio, sin decirse una sola palabra.

Letty había reflexionado durante la larga

noche de soledad. Era preciso mostrarse más amable. Su marido no era mal muchacho... y acaso si le conociese mejor podría quererle.



Al día siguiente de la boda...

Le contempló algunos momentos... y vió con sorpresa que iba pulcramente afeitado.

Aquella mañana se había rasurado el rostro, y su cara tenía una expresión de juventud desconocida hasta entonces por Letty.

Lige procuraba rehuir la vista de su mujer como si ésta no existiera en la casa, y dedicaba sus ternuras a un perro, fiel compañero de su existencia y amigo insustituible.

Llegaron varios hombres montados. Venían a buscar a Lige.

Este se despidió de su mujer diciéndole con frialdad:

—Me voy a la reunión de ganaderos... Hay que hacer algo para encontrar ganado; o nos moriremos de hambre.

Abrió la puerta y el aire se coló por la casa haciendo volar los papeles que estaban sobre las mesas y las cortinillas de las ventanas.

A Letty le pareció que soplaba de una manera implacable y no se vió con valentía suficiente para permanecer sola allí.

Acallando su orgullo, suplicó a su marido:

—¡Por Dios, Lige, llévame contigo!... Temo volverme loca aquí sola con este viento desesperante.

—¡No puede ser!

—¡Por compasión, Lige!... ¡Me moriré de miedo!

¡Cuán dolorosa era la expresión de aquellos ojos que ahora Lige miró con bondad!

Ya no eran aquellos ojos repelentes y severos de la noche anterior, sino unos ojos acariciadores y lánguidos...

—¡Bien! ¡Vente con nosotros!—dijo.

Subió ella a otro caballo y todos emprendieron la ruta hacia la montaña.

Horas de caminar bajo el viento que las hacía fatigosas, interminables...

Letty se cayó de su montura, no viéndose con fuerzas para mantenerse en la silla.

Y Lige, a pesar de la ofensa que llevaba clavada en el alma, se dejó llevar por el amor que sentía hacia su esposa y la hizo subir a su propio caballo, con él.

Sintió Letty por primera vez una extraña y dulce impresión.

Pero el viento era más amenazador a medida que adelantaban hacia el Norte.

El aire estaba lleno de mangas de arena que se metían en los ojos, en la nariz, en los labios, en las orejas... entre los revueltos cabellos.

Era un viento que cogaba, que impedía respirar, que parecía llenar también los pulmones de arena...

Aire cálido, mortal, como si se acercasen a un infierno.

Letty no estaba acostumbrada a resistir aquellos embates.

No pudo continuar avanzando... Dejose caer en el pecho de su marido y cerró los ojos medio desvanecida.

Viéndola en aquel estado, Lige dijo a su amigo:

—Sourd, tendrás que llevar a Letty a casa.

Y el buen hombre, el fracasado en las lides del amor subió a su caballo a la bella Letty y los dos regresaron a la casa de Lige.

La muchacha, junto al fuego que Sourd encendió en el hogar, se encontró ya muy mejorada y con todas las fuerzas recuperadas... Sin embargo, era una imprudencia loca el volver a reunirse con su marido.

Así se lo hizo comprender el buen Sourd y cuando éste marchó, la joven permaneció tristemente abatida en la casa, sin otra

compañía que el perro, que venía a lamerte las manos con una actitud acariciadora.

El fuego crepitaba en el hogar, pero afuera el viento, gigante incansable, seguía haciendo de las suyas... No acababa nunca, nunca; tenía un movimiento eterno.

¿Se podría acostumbrar a él? Le parecía que no podría lograrlo.

Pasó largas horas meditando y recordando la violenta situación en que estaba con su marido.

¡Ah, tal vez el desprecio de aquella noche, el exagerado horror que ella le había demostrado, pusieran para siempre un valladar entre los dos!

Y ahora, al convencerse de que no hay nada tan doloroso como la soledad, hubiera querido que aquella entrevista entre su marido y ella no hubiera tenido un término tan irreparable, tan violento...

Lige, con los ganaderos, avanzaba por los campos, barridos por el ciclón.

Con ayuda de unos telescopios vieron a una partida lejana de caballos.

—Los caballos salvajes vienen hacia aquí, huyendo, sin ceda, del viento norteño.

—Si somos capaces de resistir el viento Norte, podremos acorralarlos a todos.

—El Gobierno paga tres dólares por cada uno.

Emprendieron su cacería...

Pero de pronto vieron a un hombre tendido en tierra y casi cubierto por la arena y el polvo que formaban grandes desmontes.

Era Rody, que había sido sorprendido en aquel paraje por un intenso huracán... Su caballo había muerto y el ganadero estaba desvanecido.

—Es preciso llevarlo a mi casa—dijo Lige—. Hay que atenderle.

Y unos cuantos de aquellos hombres, retrasando la importante captura de los caballos, transportaron al enfermo a casa de Lige.

Cuando Letty se dió cuenta de quién llevaban a la casa, dió un grito de espanto.

¡Rody, el hombre que la había engañado con tiernas palabras, para confesarle después que era casado!

—Lo hemos encontrado en el camino—dijo Lige.

Poco a poco el enfermo, gracias a una botella de coñac que Lige le diera, volvió en sí.

Su primera mirada fué para Letty, que estaba junto a él, temblorosa y deseando marcharse de allí cuanto antes.



...contempló sonriente a aquella criatura...

El enfermo contempló sonriente a aquella criatura, y ésta sintió toda la maldad de aquella mirada punzante.

—Nosotros tenemos que marcharnos —

dijo Lige—. Los caballos vienen hacia aquí y debemos cazarlos. Usted puede quedarse en mi casa.

Letty se estremeció al escuchar aquella proposición, y llamando aparte a su marido, le dijo:

—Yo no quiero que se quede aquí, Lige...

—No hay otro remedio.

—Tengo miedo de ese hombre.

—Nada debes temer de él. Está enfermo. Además, no voy a dejarlo abandonado en la pradera...

Y Lige partió con su gente...

Letty ya no se atrevía a rogar más, temiendo despertar sospechas en su marido.

Cuando se vió sola, apartóse a un rincón. Sonriente, Rody avanzó hacia ella.

—¿Te casaste con él?

—¡Sí!

—No te lo apruebo. Tú merecías una cosa mejor.

—Lige es un buen hombre.

—Mucho... Pero, dime, ¿por qué tenías miedo de que Lige nos dejase solos? ¿Es que querías echarme a la calle estando enfermo? Mira, casi bendigo lo que me ha

ocurrido, que me permitirá pasar unas horas a tu lado.

—¡Oh, calle! ¡No me hable de ese modo!

Cantó de nuevo el viento; rugía, palpitaba con ferocidad de bestia que desencadena sus instintos...

El sordo rumor estremecía la carne de Letty.

—¡Oh, ese viento, ese viento!—murmuró, agitando los brazos.

—¿Te hace sufrir, verdad? Ya lo suponía. Recuerda que un día te dije que el viento de este país hacía enloquecer a las mujeres.

—¿Qué tierra esta!

—¿Ves? El viento ha hecho de ti una víctima más.

Y, recobradas ya totalmente sus fuerzas, avanzó más y más hacia Letty, pretendiendo acariciar su rostro.

—¡Déjeme!—contestó ella rehaciéndose.

—¡Ya no le temo al viento! Ahora me encuentro bien aquí.

—¿Por qué mientes? Tú añoras tu tierra, tu país de sol... Pronto será primavera en

Virginia. Los campos floridos y el aire templado hacen de aquella tierra un edén.

—Sí, aquello es muy bonito; pero yo no me moveré de esta tierra.

—¡Insensata! ¡Cómo te engañas, queriendo animarte a ti misma! ¿No oyes cómo ruga el viento del Norte? Los caballos huyen de las montañas a millares... Yo tengo mucho dinero para que vayas a otra tierra mejor que ésta...

—¡No... no!...

La puerta se abrió de repente; el viento parecía querer entrar en la casa y barrerlo todo.

Corrió Letty a cerrarla y no pudo evitar que algunos objetos cayesen en tierra.

El perro ladraba furiosamente, arrugando el hocico y mostrando los feroces dientes a Rody.

Parecía adivinar en aquel huésped a un enemigo.

Rody, sonriente, exclamó:

—Es preciso que me sigas, Letty... Te quiero... te necesito... Tú serás para mí mi verdadera esposa.

—Olvida usted que soy casada...

—¡También lo soy soy! ¡Mira con qué sales ahora!

Y se echó a reír con una carcajada brutal.



Corrió Letty a cerrarlo...

—Me debo a Lige.

—Es un infeliz que nunca sabría el tesoro que tiene a su lado. Si no fuera un ne-

cio, no te habría dejado conmigo... Anda, prepara todas tus cosas, Letty... Es necesario que huyamos antes de que vuelva tu señor marido... ¡Buena sorpresa se ha de llevar!

Pero Letty, al escuchar aquellas palabras ofensivas para su honradez de mujer y para el honor de Lige, gritó con toda su alma:

—¡No abandonaré jamás a mi esposo!

—¡Loca! Serás mía... esta misma tarde... antes de que vuelva tu esposo.

Lanzóse con ímpetu salvaje contra ella; pero Letty dió un salto atrás con una agilidad felina.

Vió el cinturón que Rody se había quitado momentos antes y en el que estaba su revólver.

Cogió esta arma y la apuntó directamente al corazón del miserable.

—¡Salga de aquí!

—¡Tonta, crees asustarme! Fierrecillas peores que tú he domado... No me asusta eso.

Y volvió a hacer el gesto de cacer sobre la muchacha.

Esta apretó el gatillo.

- ¡Atrás!
- ¡No!
- ¡Atrás o disparo!
- Eres incapaz de hacerlo... ¡Si tú me



—*Fierecillas peores que tú, he domado...*

amas... si tus ojos lo dicen... si nos adoramos!

- ¡No... no!
- ¡Serás mía, de grado o por fuerza!
- ¡Nunca, pues!
- Y en el instante en que él iba a arrojarle

sobre ella, apretó Letty más y más el gatillo y disparó dos veces contra aquel hombre.

Vió, horrorizada, que Rudy crispaba las manos y luego caía en tierra, pesadamente, produciendo un sordo rumor.

—¡Lo he matado!—exclamó, tirando el arma.

Inclinóse para ver si respiraba, acercó su mano al corazón... Nada... aquel hombre estaba muerto... Y sus ojos abiertos y fijos en ella, tenían una expresión acusadora.

—¡Dios mío!, ¿qué he hecho?—murmuró.

El viento rugía más y más y la puerta volvió a abrirse... Tuvo que cerrarla con gran esfuerzo... Rompiéronse unos cristales, por los que entraba una corriente de aire tan espantosa, que todo parecía temblar.

Con una cortina cubrió el boquete abierto por el cristal; pero no pudo evitar que el viento se filtrase por entre la ropa y si-guiera entrando con un persistente rugido que helaba las venas...

Y allá junto a ella, el muerto...

También el perro aullaba con su grito

estremecedor, que anuncia la muerte, según los supersticiosos.

Aquella vez le parecía verdad... La muer-



La muerte estaba a su lado...

te estaba a su lado y se había apoderado de un hombre.

De pronto, Letty se levantó y abrió la puerta de par en par. No importaba que

entrara la tempestad de arena, la polvareda que cegaba... Era preciso sacar al muerto de la casa.

Con un esfuerzo gigantesco fué arrastrando el cadáver hasta el exterior, y lo puso en medio de la arena del camino... Pronto el vendaval de arena se amontonó sobre el cuerpo, comenzando a cubrirlo, y una hora después, el muerto estaba enterrado bajo una espesa capa arenosa.

Todavía Letty, con una pala, recogió arena de allí cerca para colocarla sobre la improvisada tumba...

Ya nada se veía... Su crimen quedaba oculto...

Volvió a la casa, y al querer cerrar la puerta, vió que la arena había formado también montón en el umbral y la madera quedaba entreabierta como cosa de un palmo.

Y por aquella abertura seguía entrando arena, cubriéndolo todo con una capa de varios centímetros de espesor, haciendo la atmósfera casi irrespirable.

Letty asomóse a la ventana y vió con horror que el viento había tomado ahora otra

dirección y que dejaba de nuevo al descubierto la cabeza y las manos de la víctima.

Le pareció que iba a morir... Tal fué su impresión escalofriante.

El muerto se le aparecía de nuevo, para su tormento.

Y cubriéndose el rostro con las manos esperó, loca de terror, a que el muerto viniera a buscarla para llevársela también hacia el supremo misterio del más allá...

Despertó horas después, al escuchar voces junto a la puerta y ver que un brazo robusto apretaba la madera para entrar.

Cedió la arena por fin y Lige se presentó ante su mujer.

—¡Oh, Lige!—dijo la joven, aun horrorizada.

—Hemos cazado muchos caballos—dijo él—. Ya no nos moriremos de hambre...

Ella no le oía, con los ojos fijos en la ventana.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras mal?—le preguntó Lige.

—Lige... ¡He matado a Rody!... Quería que fuese suya... y yo... disparé...

—¡Oh, el bandido!...

Sus manos se crisparon en ademán feroz. Sólo veía la ofensa inferida a su mujer...

—Y afuera está su cadáver... Lo enterré, pero volvió a quedar al descubierto.

Corrió Lige al exterior y nada vió... Arena por todas partes... El viento parecía haber cesado ya...

—No se ve nada—dijo—. Sólo el desierto de arena.

—¿No?

Miró a su vez, y al convencerse de que la arena había vuelto a cubrir a aquel hombre, suspiró de júbilo con una alegría nerviosa.

—¡Gracias, Dios mío, gracias!... Pero, si vuelve a aparecer ese hombre, ¿me condenarán?

—No aparecerá... y si apareciera, tú tampoco tendrías culpa... Obraste en defensa de tu honor, del mío, Letty...

Y apenas hubo dicho estas palabras, cubrióse el rostro con las manos, como si recordara que entre él y su mujer no podía existir más que otro desierto: el de la indiferencia más espantosa.

En el alma de Letty, sin embargo, se había obrado el milagro del cariño...



—¡No me odies, Lige! ¡No me eches de aquí!

Estaba tan sola y abandonada, tan llena de peligros, sin ningún amparo, pues sus primos estaban muy lejos de allí, que la

presencia de Lige fué para su pobre alma oscurecida y triste la alegría del sol.

—¡No me odies, Lige!—murmuró—. ¡No me eches de aquí!.

—Pero... ¿no quieres irte? Yo deseaba ahora ganar dinero para que pudieras volver a tu país—repuso con voz emocionada.

—¡No, Lige, no! — dijo, sinceramente arrepentida—. ¡Te amo!

Lige quedó contemplándola como en éxtasis.

—Pero, Letty, ¿y el viento... ese viento al que tienes tanto miedo?

—Ya no temo al viento, Lige... ya no tengo miedo a nada... si tú estás a mi lado y no me abandonas nunca... Ahora soy tu mujer... para ayudarte en tus trabajos, como tu compañera... para quererte como tu esposa...

—Letty... mujer... te perdono... Olvida si antes te traté mal... No, no temas al viento... Hay otro viento peor: el de las pasiones... Pero, a mi lado, estás salvada, Letty. Yo te protegeré contra todos los peligros.

Y sus labios cambiaron el primer beso de amor.

FIN

GRAN ÉXITO

*de la
novela de aventuras*

LA RUTA DE SINGAPORE

EN

**Ediciones Especiales de La No-
vela Semanal Cinematográfica**

por Ramón Novarro

*¡Siempre lo mejor
entre lo mejor!*

GRAN ÉXITO

de la nueva publicación se-
manal de novelas modernas

LA NOVELA DEL CHOFER

cuyo primer número publica
el sugestivo asunto de
FRANCOMAR

La amigueta del chofer

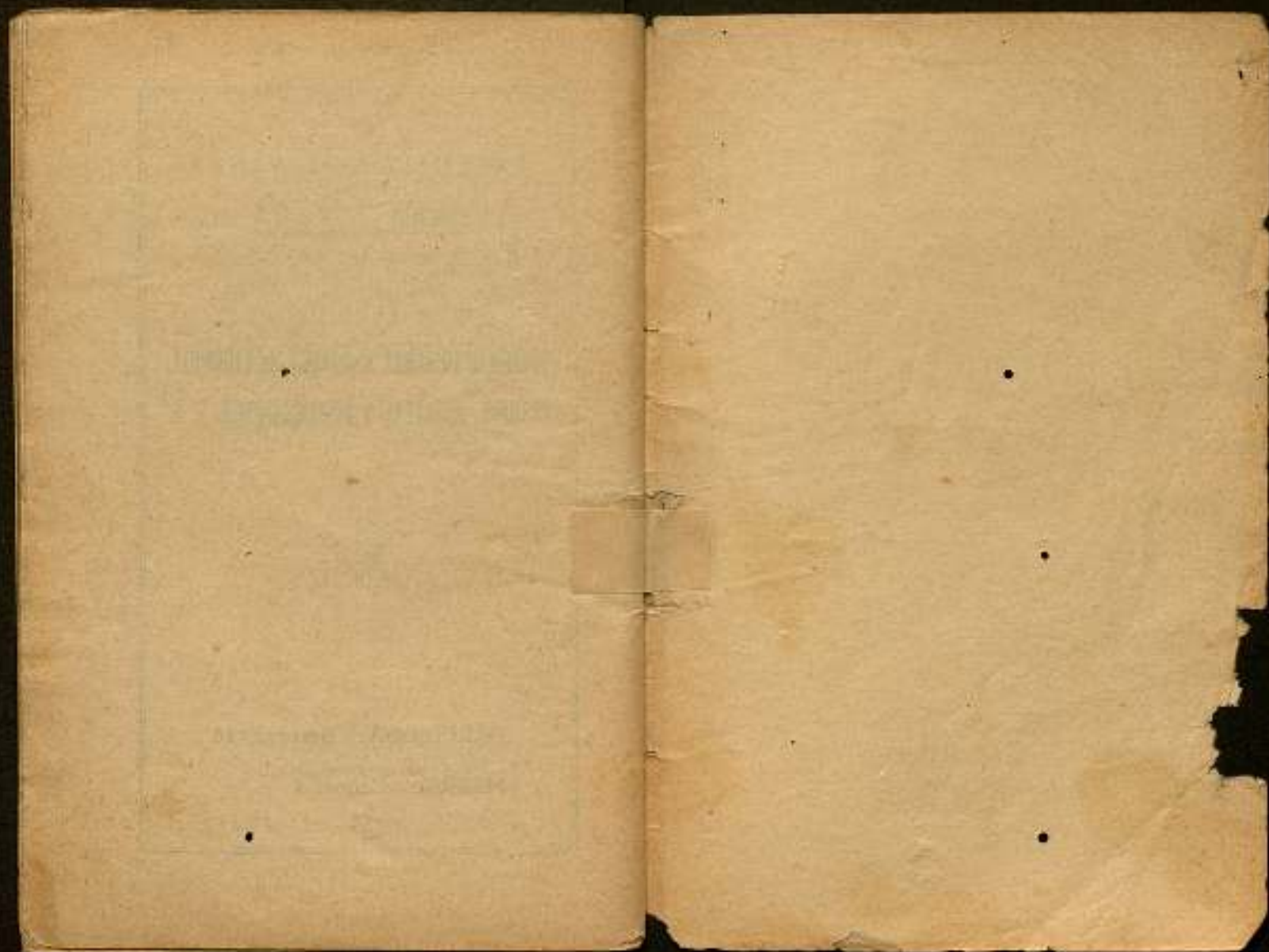


El sábado próximo:

Por qué se mató mi novia

Novela de Emilio Blanco

Pida esta publicación
en todas partes



E. B.